

è imperecedera. Y si son pescadores los que le han dado cima, si unos galileos han fundado ese grande imperio de la persuasion à pesar de todos los conatos de la fuerza, entonces esta obra es divina è imperecedera sobre toda expresion. Y yo, ministro de esta obra, hijo de la persuasion, galileo, os digo à vosotros, hijos del siglo: ¿Hasta cuándo trabajareis en lo transitorio, y lucharéis contra lo permanente? ¿hasta cuándo preferiréis la fuerza à la persuasion, la materia al espíritu? Decis incesantemente: No conviene dejar obrar à la Iglesia, porque llegaria à ser demasiado poderosa; es decir, conviene sofocar la persuasion que nos avasallaria à pesar nuestro. ¿Qué podeis decir que mas atestigüe su divinidad? Comprended finalmente lo que ella es, por los sentimientos injustos de sus enemigos; comprended por las maravillas de su constitucion y de su historia que su establecimiento y su perpetuidad no son obras posibles al hombre; comprended que todo el bien que se opera en el mundo, emana de ella directa ó indirectamente; y aspirad à ser sus hijos, à ser sus apóstoles, y à colocaros entre los bienhechores del género humano. Ya es tiempo; todo yace por tierra, fuerza es reconstruirlo todo; y solo la Iglesia católica puede echar los cimientos de un edificio inmutable, porque solo ella posee toda razon y todo amor; y el hombre es demasiado grande para ser fundado y salvado de otro modo que por la mas alta razon y por el amor mas decidido.

SERMON TERCERO.

De la autoridad moral è infalible de la Iglesia.

MONSEÑOR :

Señores :

HEMOS empezado estos sermones probando la necesidad de una Iglesia docente, y examinando despues la constitucion de esta misma Iglesia fundada por Dios para enseñar à los hombres. Volviendo hoy à nuestro punto de partida, es decir, al fin para el que la Iglesia ha sido fundada, notaremos que nadie tiene derecho de enseñar, si no está cierto de lo que enseña, y que nadie tiene derecho de exigir que se crea lo que enseña si no es infalible. Entre la certidumbre y la infalibilidad hay una gran diferencia, y es que la certidumbre consiste en no engañarse en un caso dado, mientras la infalibilidad consiste en no poderse engañar nunca. La certidumbre es la relacion actual de la inteligencia con una verdad, y la infalibilidad es la relacion perpetua de la inteligencia con la verdad. La certidumbre forma una parte de los medios y de los derechos del hombre que raciocina, porque sin la certidumbre no seria la inteligencia mas que una vasta duda; pero la infalibilidad no pertenece al hombre ni al conjunto de los hombres, porque la ignorancia y las pasiones vienen de continuo à interponerse entre su entendimiento y la verdad; de donde se sigue que

no pueden descubrirla ó permanecer en relacion con ella universal y perpetuamente. Todo lo que pueden hacer los hombres cuando enseñan es tener certidumbre, y así no pueden exigir fe á su enseñanza, es decir, una adhesion pura y sencilla del corazon y de la mente á su palabra; porque no siendo esta infalible, falta siempre ver si se engañan ó si aspiran á engañarnos. Por el contrario, cuando una autoridad es infalible, basta conocer lo que enseña para estar en el derecho y en el deber de darle fe. Pues bien, la Iglesia católica, instituida por Dios para enseñar al género humano, á la vez está cierta y es infalible: cierta de la verdad de su institucion por Dios; infalible en el depósito de la fe cuya propagacion é interpretacion le fueron confiadas. Está á la par cierta y es infalible, porque si solo fuese infalible, su autoridad descansaría en un círculo vicioso, es decir, invocaría en favor de su infalibilidad su infalibilidad misma; mientras que apoyada en la certidumbre racional y moral de su institucion divina marcha de una en otra luz, de la luz natural á la luz sobrenatural, de la certidumbre á la infalibilidad para retroceder en seguida por reflexion sobre sí misma de la infalibilidad á la certidumbre.

Ya hemos visto, Señores, ó mas bien entrevisto que la Iglesia posee la mas alta certidumbre racional, puesto que se apoya en las ideas, en la historia, en la sociedad y en las costumbres con una fuerza de que no dispone ningun otro cuerpo dedicado á la enseñanza, fuerza que le asegura el imperio de la persuasion en la tierra. Solo nos falta tratar de su certidumbre moral y de su infalibilidad.

La certidumbre ó la autoridad moral de un cuerpo *docente* resulta de tres condiciones, que son para él mismo y para aquellos á quienes enseña la prueba de que está en relacion con la verdad, y de que la dis-

pensa con exactitud y con respeto. Estas tres condiciones son la ciencia, la virtud y el número.

La ciencia es la primera condicion de la certidumbre ó de la autoridad moral; porque ¿cómo es posible estar cierto de lo que no se conoce, y conocer lo que no se sabe? Por el contrario, cuando se sabe y cuanto mas se sabe, mayor garantia tiene uno para sí y para los demás de no ser engañado. La ciencia es el ojo que mira, que escudriña, que compara, que reflexiona, que busca la luz y se apodera de ella, que añade á los siglos pasados el peso de los siglos nuevos, y centinela paciente del tiempo arranca paulatinamente al universo sus eternos arcanos. Si no mereciese crédito alguno la ciencia laboriosa y perseverante, sería preciso desesperar de la verdad, y nunca, Señores, entrará la desesperacion por nada en las palabras que broten de mis labios. La ciencia es indisputablemente título, aun cuando no baste por sí sola á fundar la autoridad moral de una enseñanza. Ahora bien, la Iglesia posee la ciencia, ha nacido en la ciencia, ha salvado la ciencia, ha luchado contra la falsa ciencia, y es bajo cualquier aspecto un cuerpo depositario de la ciencia.

Posee la Iglesia la ciencia de lo que enseña; no obra por una fe ciega, sino por una fe fundada, como hemos visto en el segundo discurso, en las ideas generales mas elevadas, en monumentos históricos de la mas remota antigüedad y de la autenticidad mas segura, en la experiencia del influjo venturoso y civilizador que ejerce en el mundo, y por último, en una tradicion y en un conjunto de hechos de todas clases que explora y ensancha de continuo con sus trabajos. Si hay en alguna parte ciencia, estudio, experiencia, es seguramente en una sociedad donde representa tan insigne papel el desarrollo de todas las fuerzas del entendimiento, y que ha poseido desde el origen

de las edades, y especialmente desde Jesucristo, innumerable multitud de varones esclarecidos, que han llenado el mundo con su palabra y con sus escritos.

Y ¿cómo no habia de ser sabia la Iglesia? Habia nacido en la ciencia, en uno de los siglos mas brillantes que recuerda la historia, en el siglo de Augusto, precedido por otros que habian elevado hasta la perfeccion las letras, las artes y la filosofia, á fin de que nunca se dijese que el cristianismo habia nacido entre sombras. Recibiónos la ciencia en la cuna, nos vigiló, nos estudió, nos combatió, nos dió defensores entre aquellos filósofos cuyo destronamiento habiamos consumado, y muchos de los cuales rindieron á Jesucristo el triple testimonio de su genio, de su saber y de sus errores. Despues cuando la invasion de los Bárbaros amagó extinguir la ciencia en Europa, ¿quién la salvó del naufragio? ¿Quién preparó nuevas naciones, dignas de poseer la verdad? ¿Eran vuestros padres? ¡Ah! ¡vuestros padres blandian la espada, la espada ayer, la espada mañana, la espada siempre! Ved aquí cuál era vuestra herencia, hombres tan orgullosos hoy de vuestro saber, sin que por ello os censuremos. Allí estabais, en la persona de vuestros mayores, formando una barrera armada contra la cual venian á estrellarse las nuevas invasiones, y un inmenso cuadro europeo para proteger en el exterior lo que en el interior se desarrollaba. Entre tanto nosotros, pacíficos y laboriosos, en la persona de nuestros mayores reconstruíamos la ciencia sobre las ruinas del saber antiguo, á fin de que pudieseis heredarla algun dia, para que hallando la verdad un siglo digno de ella no mandase á esclavos, sino que brillara en un imperio fundado sobre la legítima conviccion de los entendimientos. Vino esa edad que habiamos preparado; vino, y la ciencia, hija ingrata y desnaturalizada, trasmitada apenas de nuestras manos á las

vuestras, se rebeló contra nosotros y nos acusó; á nosotros, que habiamos trabajado en su obsequio quince centurias, á nosotros, que la habiamos acogido nuevamente cuando libertándose ensangrentada de la cuchilla de Mahoma se habia refugiado acosada y perdida bajo la púrpura de nuestros papas. Y ¿qué hicimos entonces? ¿Nos rebelamos contra la ciencia ó nos sometimos á su yugo? Ni lo uno ni lo otro: la resistimos, nos opusimos como un muro de bronce, no contra ella, sino contra sus extravíos; y hoy hijos de la ciencia, salvadores de la ciencia, protectores de la ciencia, llegamos á una época no menos gloriosa para la Iglesia, época en que reconociendo la ciencia la vanidad de sus esfuerzos contra nosotros, vendrá á buscarnos á nuestros templos, y á ofrecernos el ósculo de reconciliacion y de justicia de que nos es deudora.

Es, pues, la Iglesia un cuerpo sabio; y conviene añadir, que este carácter no pertenece en tan alto grado á ninguna otra autoridad religiosa. Fuera de la Iglesia hallamos ante todo la enseñanza de las religiones no cristianas; ¿llevan estas por ventura el sello de la ciencia? La ciencia, encerrada en las castas sacerdotales de la India, del Egipto y de la Grecia, no se manifestaba exteriormente; era un secreto sin carácter científico. La religion mahometana ofrece un ejemplo parecido. El Alcoran no es mas que un plagio de la Biblia; Mahoma solo ha atacado un corto número de puntos del cristianismo, el misterio de la Santísima Trinidad y la divinidad de Jesucristo; ha reconocido la unidad de Dios, la creacion del mundo, como tambien toda la serie histórica de hombres inspirados, Adan, Noé, Abraham, Moisés. Hirió al cristianismo, es verdad; pero ¿cuál fué en el instante la venganza de este atentado? Su religion ha sido condenada á no ser mas que una religion no cristiana;

habia querido echar la piedra angular del edificio, y la piedra angular ha caído sobre su cabeza; pesa la ignorancia sobre su nacion, esa nacion cuyos emisarios vienen hoy á mendigar una pequeña parte de nuestra ciencia, homenaje magnífico que Dios les hace rendir á la superioridad de los pueblos cristianos. Vanamente adoptan trajes europeos, en vano da el Sultan festines á la europea..... Pesa sobre ese territorio la maldicion de la ignorancia. Los naturales han negado á Jesucristo, y solo con Jesucristo aparecerá entre ellos la ciencia.

¿Quereis considerar las herejias cristianas? En su mayor parte poseen todavia la ciencia: esas sectas viven en comarcas honradas con el culto de las letras y de las artes, porque no han negado á Jesucristo. Pero, admirad otro prodigio: esa ciencia que nos conserva la unidad y vive con ella como hermana, ¿qué hace entre las sectas? Devora la religion, y hace lo que ha hecho siempre con las herejias. Al separarse estas de la Iglesia, han llevado la ciencia bajo su manto, si bien la ciencia ha hecho lo que el acero, que gasta la vaina; la vaina no tenia bastante firmeza, y nunca han vivido las herejias mas de tres ó cuatro siglos. La ciencia es para ellas como un océano borrascoso que asalta, se retira y vuelve, hasta que arrastra los continentes á un vasto y universal naufragio. El protestantismo ha llegado hoy á esa era fatal; empieza su cuarto siglo, y con su cuarto siglo empieza su ruina, que ya descubren los hombres previsores, y que apenas se oculta á los frívolos y preocupados.

De consiguiente la ciencia, primera condicion de la certidumbre ó de la autoridad moral, pertenece exclusivamente á la Iglesia católica; no la poseen las religiones no cristianas, y las sectas separadas encuentran en ella su ruina y destruccion.

Pero aun cuando la ciencia sea uno de los carac-

téres de la certidumbre moral, no es suficiente para llegar al grado de fijeza que es prueba irrecusable de la verdad. La ciencia es un poder del entendimiento; pero existe en el hombre un poder todavia mas grande, y es el de la voluntad. Allí reside el libre albedrío, resorte principal de nuestras acciones, y que impera sobre el entendimiento hasta el punto de hacerle ver lo que no existe, y entretenerle con las mas lamentables ilusiones. La ciencia es entonces un vano remedio contra el error; avasallada por la voluntad se presta al servicio de sus pasiones, y hasta de la luz abusa contra la verdad misma. En una palabra, el hombre puede corromper la ciencia, segun la frase de Bacon, y por eso necesita una garantía de que llenará su deber correspondiendo á su destino; el hombre necesita de un medianero incorruptible entre el entendimiento y la voluntad, y ese medianero lo habeis nombrado, Señores, es la virtud: porque la voluntad no convierte la ciencia en ilusion, sino en provecho de los sentidos y del orgullo; y siempre que la virtud corrige á la ciencia, y la ciencia ilustra á la virtud en una misma alma, se forma en ella una luz semejante á la del cielo, y tan cercana á la perfeccion como puede el hombre apetecer.

Ahora bien, Señores, la Iglesia no solo posee la virtud como medianera entre el entendimiento y la voluntad, como un aroma extraño que purifica la ciencia, sino que tambien es una virtud su misma doctrina: no son puras especulaciones las verdades que la componen, sino verdades que envuelven una multitud de consecuencias morales harto terribles para la naturaleza. La cruz, el desprendimiento de sí mismo, la penitencia, tal es el fin del cristianismo, el resultado de su accion perseverante. Ser crucificado con Jesucristo para vivir con Jesucristo, es lo que la Iglesia predica incesantemente en todas las enseñan-

zas, por todos sus simbolos y todas sus ceremonias; lo cual equivale á decir, que se halla en contradiccion constante con el mundo y con la naturaleza corrompida. Si es una virtud admitir las verdades que la Iglesia anuncia, aunque no se practiquen, ¿qué será admitirlas para practicarlas? No somos, pues, académicos que elaboran en el silencio del gabinete descubrimientos útiles á los goces de la humanidad, y en seguida los llevan fastuosamente al centro de las asambleas públicas, donde los aplausos, las recompensas y las distinciones les resarcen de sus trabajos y vigiliás; no, Señores: cuando nosotros traemos la verdad á los hombres, brota de un corazon destrozado, viene del pié de la cruz; esa verdad dice que el corazon del hombre es un abismo, y que conviene purificarlo con una austera penitencia; emana de la sangre y pide sangre, y si estuviéseis tentados á poner en duda su pureza, os responderia: ¿Cómo no he de ser pura, si he nacido crucificada?

Dirijamos ahora la vista sobre las religiones no cristianas, y sobre las sectas cristianas; ¿poseen este segundo carácter de la certidumbre moral? Ya sabeis lo que son las religiones paganas, religiones de placeres, no menos que de ignorancia. Conoceis tambien á Mahoma: al mismo tiempo que hacia imposible la ciencia, destruia la moralidad, y legaba á sus discipulos costumbres infames, y esperanzas eternas tan infames como sus costumbres. Si pasamos á las sectas cristianas, hay bienes en su seno, solo porque conservan alguna relacion con Jesucristo; sin embargo, su virtud no es, como la de la Iglesia, una virtud de sacrificio. La virtud católica destruye el orgullo en su raiz, mientras que el protestantismo la fomentando gran valia al juicio privado del hombre. Aduzcamos un ejemplo para mayor claridad. Existe un imperio en Europa que cuenta por lo menos setenta

millones de hombres; sus pueblos son cristianos y no se diferencian de nosotros mas que por haber roto el vínculo de la unidad, pues la cuestion sobre el dogma entre ellos y nosotros es casi insignificante. Este imperio encierra dos elementos, el uno civilizado, y el otro bárbaro, con admirable fuerza; la nacion es naturalmente piadosa: y no obstante con sus setenta millones de almas, con sus recursos de civilizacion y de barbarie y con todo su cristianismo, el imperio ruso no ha podido producir aun una hermana de la caridad; ni con él, todas las potencias protestantes juntas! Y ¿cuál es la causa? Consiste en que para amar hasta cierto grado, se necesita una fe profunda, no basta una razon que sepa discutir, sino que tambien se necesita adorar, abismarse, anonadarse; y los protestantes, con su virtud de hombres honrados, nunca llegarán á concebir el amor en todo su entusiasmo. Se censura á nuestros santos de haber sido insensatos: ¡oh! si, habian perdido el juicio. Pero ¿acaso se puede amar sin frenesí? Amar es inmolarse, es estimar la vida de aquel á quien se ama dos mil veces mas que la suya propia; es preferirlo todo, los tormentos, la muerte, antes que herir en el fondo del corazon á la persona amada. ¿No hay en esto frenesí? Acordaos de aquellos soldados que en tiempos muy cercanos de nosotros iban sin pan y sin zapatos á batirse á la frontera, y morian contentos gritando en su postrer suspiro: ¡Viva la república (1)! Tam-

(1) El orador se vale de este recuerdo nacional tan glorioso para los Franceses, con el fin de captarse el asenso de su auditorio en obsequio de las verdades que predicaba. Si el entusiasmo humano ó político produjo en Francia aquellos rasgos de heroísmo que insinúa el orador tan hábilmente, ¿qué no podrá producir en la Iglesia el sublime y celestial entusiasmo de la virtud y de la religion? Este es el pensamiento del P. Lacordaire.

bien aquello era entusiasmo; pero de aquel entusiasmo sublime que funda y salva las naciones, y que ennoblecido y subiendo de punto en el Calvario, en la persona de un Dios, ha reconstruido y libertado al mundo. Este noble entusiasmo, transmitido á la Iglesia católica, perpetuará en ella hasta el último día, con el entusiasmo de la virtud, el esplendor de la autoridad.

El tercer carácter de la certidumbre moral es el número, no el número considerado materialmente, sino el número agregado á la ciencia y á la virtud; porque es evidente que cuantos mas hombres sabios y virtuosos estén agregados en torno de una doctrina, menos cabida tienen la debilidad humana y la sospecha. Pues bien, el número está tambien de parte de la Iglesia: no la componen unos cuantos hombres que no pertenecen á las clases vulgares, ni podrian ser entendidos por ellas, formando en la humanidad una especie de colegio privilegiado. La Iglesia, aunque solo hablemos de la docente, abraza una considerable multitud de hombres de todos los países y de todas las condiciones, á los cuales hay que agregar un gran número de individuos de la Iglesia enseñada que poseen tanta ciencia y tanta virtud como los miembros de la Iglesia docente, y que rinden testimonio á la verdad católica con sus luces y sus acciones. Entre estos deben comprenderse tambien aquellos hombres que, siendo menos ilustrados, atestiguan sin embargo con su adhesión la misma verdad, manifestando que se amolda á todas las naturalezas, á todos los entendimientos y á todos los corazones.

¿Qué enseñanza humana podria compararse con la enseñanza de la Iglesia, y jactarse de poseer en tan alto grado la ciencia, la virtud y el número? Las religiones no cristianas no tienen la ciencia ni la virtud, y si se glorian de su número, es un número sin va-

lor, puesto que no arrastra en pos de sí mas que una multitud de ignorantes y viciosos. Las sectas cristianas poseen la ciencia; pero es una ciencia que las devora, y tarde ó temprano las hace espirar en el racionalismo, á no ser que se preserven de la disolución, como los Griegos, formando con su herejía el sepulcro de la cultura del entendimiento. Poseen tambien alguna virtud, pero una virtud mediana, que nunca podrá consumir los inmensos sacrificios de la caridad y del apostolado; y en cuanto al número, ni aun vestigio les queda, especialmente á los protestantes, pues en virtud del juicio privado cada uno de estos tiene su pensamiento personal, y á pesar de la comunidad del nombre y de la apariencia de una asamblea, un protestante permanece siempre solo y aislado. Por el contrario, la Iglesia es un cuerpo sabio, cuya fe no puede ser alterada por la ciencia; un cuerpo virtuoso, si bien de una virtud no humana, que lleva la propia abnegación hasta el heroísmo de la pobreza, de la castidad y del martirio voluntarios; un cuerpo inmenso, cuyas proporciones colosales y múltiples se enlazan en la unidad mas estricta á la unidad que forma el número por excelencia, y en la que los antiguos filósofos constituian fundadamente el principio de las cosas. ¿Dónde se encuentra una autoridad mas insigne, y por consiguiente una certidumbre moral mas elevada? ¿Opondremos á ella, en otro orden de ideas, la autoridad y la certidumbre de las matemáticas? Esta ciencia tiene sin duda en su favor una perfecta evidencia intelectual; pero, extraña á la voluntad, y cultivada por un pequeño número de sabios, se halla infinitamente en menos relaciones que la enseñanza de la Iglesia con todas las necesidades de la humanidad, poseyendo solamente una clase de pruebas que bastan, no obstante, para elevarla al grado de certidumbre de que necesita para

obrar sobre el entendimiento humano, y cumplir fielmente su destino. Si nadie las niega, consiste en que nadie tiene interés en negarlas, porque solo tocan al cerebro, sin que den de rechazo en el corazón. Pero la Iglesia es la cabeza, es el corazón, es el hombre, es el centro y la circunferencia; es como un lienzo tendido de polo á polo, donde vienen á encontrarse todos los intereses y todas las pasiones; como un reloj inflexible que vibra la hora verdadera de las cosas en todo instante de la duración, y en todo punto del espacio. ¿Porqué se extraña que tenga enemigos? La negación misma que de ella se ha hecho, ¿no fortifica la prueba de la adhesión que merece, testificando su imparcialidad y su necesidad?

Cuanto mas vive la Iglesia, mayor lustre y vigor adquieren los caracteres de certidumbre moral que lleva consigo. Crece de continuo su ciencia, porque nuevas generaciones le rinden constantemente el tributo de sus luces, y porque aplicada á nuevos hechos, á nuevas costumbres, á nuevos pueblos, se ve confirmada sin cesar por nuevas experiencias. Crece tambien su virtud, porque el número de hombres que la practican llega á ser mayor en cada siglo, aumentándose con esto los testimonios que frecuentemente se le rinden. Así que, cuanto mas se aproximará la Iglesia á su término, habrá menos razones para contradecir su enseñanza; y al contrario, cuanto mas cercana ha estado á su origen, mas necesidad ha tenido de testimonios exteriores y solemnes de su misión. De donde proviene que aun cuando en la Iglesia se obren siempre milagros, son hoy menos numerosos que en su principio.

Sin embargo, no basta que la Iglesia esté cierta de su misión y de su institución divina: tampoco basta que tenga una incomparable autoridad moral para sí y para los otros; es menester además que sea infa-

lible, es decir, que no pueda engañarse en la enseñanza de la doctrina cuyo depósito guarda, porque si pudiera engañarse, quedarían siempre jueces los entendimientos á quienes enseña para saber si ella se había engañado en tal ó cual caso. Ahora bien, habiendo sido establecida la Iglesia porque el discernimiento de la verdad no puede ser obra del género humano compuesto de niños, de pueblo y de hombres ilustrados, sin tiempo para dedicarse al estudio, si no fuese infalible, no tendría derecho á exigir fe; solo podría dirigirse en particular á cada individuo diciéndole: Hé aquí cómo entiendo tal ó cual punto de dogma, de moral y de disciplina general; ve si tu razón está de acuerdo con la mía. Dejaría por consiguiente de ser una autoridad docente, viniendo á parar en lo que son los ministros protestantes, simples lectores de la Biblia, permitiendo al pueblo que la entienda como lo juzgue conveniente. Y hasta los ministros protestantes se hallan en contradicción perpetua con el principio que les sirve de base, pues mientras conceden á cada uno el derecho de interpretar la doctrina, no pueden prescindir de dar á los fieles sus interpretaciones particulares; y usando en tales términos de la autoridad, mantienen hasta cierto punto en los diversos países las diferencias que distinguen á cada una de sus sectas, luteranos, calvinistas, anglicanos. Verifícase este resultado por la fuerza de la autoridad docente, y por la opresión de los pueblos enseñados, pues esa autoridad que les enseña es falsa, y está en contradicción no solo con las demás autoridades protestantes, sino tambien consigo misma. En suma, Señores, el género humano debe ser enseñado, como lo probé en mi primer discurso; es necesariamente enseñado, quiera ó no quiera; y no es juez de la enseñanza que recibe, porque no es capaz de serlo: de donde se deduce que

debe ser enseñado por una autoridad que no pueda engañarle, y que tenga derecho de exigir su fe: cualquier otro método de enseñanza es tiranía, pues somete al hombre á una autoridad falible, que puede esclavizarle bajo el yugo del error.

Pero esa infalibilidad, necesaria á la Iglesia establecida por Dios para gobernar al género humano, no es propiedad de nuestro entendimiento: supone, en efecto, que la inteligencia no se verá jamás oscurecida por la ignorancia y las pasiones, manantiales fecundos del error; pero el hombre se halla de continuo expuesto á la ignorancia por la debilidad de su entendimiento, que es finito, y á las pasiones por la debilidad de su corazón, que se halla corrompido. Todo lo que puede hacer es emanciparse del error en un caso dado; es decir, lograr certeza. Tomado en masa el género humano, está afectado de la misma impotencia, y afectado en mayor grado todavía, porque se halla mucho mas sujeto á la ignorancia y á las pasiones que un hombre particular, supuestas ciertas condiciones de estudios y de virtudes. Si el género humano no hubiese perdido en Adán los privilegios de su creación, hubiera recibido indudablemente, mediante sus comunicaciones perpetuas con Dios, la luz y pureza suficientes para conducirse; pero esto no es así. Solo la Iglesia recibe el espíritu de Dios; ella es sucesora de los derechos primitivos del género humano; por ella sola podemos restablecer nuestras relaciones originales con Dios; á ella se ha dicho: *Estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos* (1).

No veais, pues, en la infalibilidad de la Iglesia un privilegio extraño é incomprensible; por el contrario, es de lo mas sencillo y mas necesario á los hombres el restablecimiento de sus relaciones con la verdad.

(1) S. Mateo, cap. 28, vers. 20.

Si hay en el mundo alguna cosa que cause extrañeza, no es que la verdad sea concedida por Dios al género humano en una enseñanza pura de errores, sino que esta enseñanza sea desconocida, á pesar de lo mucho que la necesitamos; y solo el desórden introducido en nosotros por el pecado original puede explicar esta anomalía. Notadlo bien, Señores, la Iglesia no crea la verdad; la verdad existe en Dios, existe en la palabra que Dios ha hablado á los hombres, y todo el privilegio de la Iglesia está en enseñar esa palabra sin poder trasformarla en error. ¿Cómo es posible enseñar al género humano, y exigir su fe sin la posesion de este privilegio? Así, Señores, toda religion que no se llama infalible, se halla convencida de error por ese mismo hecho, pues declara que puede engañar, lo cual es á la par el colmo del desdoro y del absurdo en una autoridad que á nombre de Dios enseña: declara no ser mas que una filosofia, y ha de tener por consiguiente la suerte de una filosofia. Un ejemplo reciente os suministra incontestable prueba; habeis visto hombres presentándose ante la humanidad como fundadores de una religion: muchos de ellos eran hombres de talento, de entusiasmo y de buena fe. Pues bien, estos hombres se han hundido ante la necesidad de una mision divina, y de una promesa de infalibilidad; todos juntos, con su jefe á la cabeza, no se han atrevido á parecer ante vosotros, y á deciros: Oid y creed, porque nosotros somos infalibles! Y por eso el raciocinio los ha destruido; porque lo que lo hace perecer todo en el dia, lo que hace que el mundo esté fluctuando es el raciocinio, es que el hombre no cree ya en el hombre, y todavía no quiere someterse á Dios. Sin una autoridad divina no hay cosa alguna firme ni estable, sino viento que pasa destruyendo cuanto toca. Si la sociedad se conmueve de un extremo á otro de Europa, ¿qué

creéis que la agita en sus cimientos? No es el hierro el que derriba á los principes : el hierro se cruza con el hierro : choca la fuerza con la fuerza; y cuando las potencias de la tierra solo tienen que luchar contra la fuerza, anonadan con sus ejércitos á los que se alzan en rebeldía. Pero el enemigo terrible, el que todo lo trastorna y contra el que nada pueden reyes ni repúblicas es el raciocinio, el raciocinio sin el contrapeso de la autoridad y de la infalibilidad.

Y no obstante, á pesar de esta necesaria infalibilidad, solo la Iglesia católica se ha atrevido á llamarse infalible. Lejos de pretenderlo las religiones paganas, ni aun osaban enseñar una doctrina á sus sectarios : la religion mahometana se contenta con obligar á sus discípulos á leer el Alcoran : los protestantes rechazan de sí la infalibilidad, y nada enseñan á los pueblos sino contradiciendo perpetuamente su principio. No enseñar nada ó poner en las manos un libro reputado por divino, hé aquí todo el recurso de las religiones que no se llaman infalibles. Y si preguntais por qué no se titulan infalibles, habré de decir que no pueden, que conocen á fondo que sus variaciones perpetuas ó lo absurdo de sus dogmas destruirian á cada paso semejante pretension. No es tan fácil como se presume llamarse infalible. Toda religion falsa empieza por el hombre, y ¿cuál es el hombre bastante audaz para proclamar infalibles sus pensamientos y los de sus sucesores? ¿Cómo se hubiera proclamado infalible Lutero, por ejemplo, que atacaba la infalibilidad de toda la Iglesia? Todo hombre que quiere fundar una nueva religion, es decir, corromper una religion antigua, porque nadie mas que Dios ha fundado una religion sobre la tierra, todo hombre animado de tal designio se halla á la vez en la necesidad y en la imposibilidad de proclamarse infalible. Si no se proclama infalible, ni él ni sus sucesores obten-

drán la fe de sus propios sectarios, perecerán por el raciocinio, que introducirá en su doctrina una variacion ilimitada. Si se proclama infalible, será el escarnio del universo. Hé aquí por qué los falsos inventores de dogmas se ocultan en el fondo de los templos, sepultan en el misterio y bajo formas simbólicas sus doctrinas, ó bien invocan el raciocinio como los herejes, y construyen fugitivos dogmas sobre esa arena movediza de efímeras iglesias. Al proclamarse infalible la católica, hizo lo que es sin duda absolutamente necesario, al paso que superior á las fuerzas del hombre. Y esa infalibilidad se halla realmente demostrada en ella por una constancia indestructible en sus dogmas y en su moral, á pesar de la diferencia de los tiempos, de los lugares y de los hombres.

¿Porqué no os reis cuando os digo que soy infalible, no yo, sino la Iglesia de quien soy miembro, y de quien he recibido mi mision? ¿Porqué no os reis, vuelvo á decir? Consiste en que la historia de la Iglesia le da algun derecho hasta á vuestros ojos para presentarse como infalible; consiste en que se ha mantenido firme como una pirámide en una serie de diez y ocho siglos, y á través de todos los movimientos de la inteligencia humana. Por eso mismo querriais insultarla; decís bien : no es mas que un sepulcro, y solo hay dentro un poco de ceniza. Si, pero ese sepulcro es el de Jesucristo, esa ceniza es una ceniza que vive largo tiempo, y siempre la misma, y en torno de la cual giran contra vuestra voluntad vuestras propias ideas.

Diréis que el principio mismo de la infalibilidad ha producido ese resultado. Pero es en vano declararse infalible no siéndolo realmente, pues entonces nada puede impedir las variaciones y las contradicciones producidas por la divergencia de los entendimientos.

¿Cómo es que Gregorio XVI y los obispos de su época tienen las mismas ideas que todos sus predecesores, aunque viven bajo nuevas influencias? Que crea el pueblo como los jefes de la doctrina porque los considera infalibles, enhorabuena; pero ¿cómo conservarían la unidad de la doctrina esos mismos jefes, sino guiados por un espíritu superior, inmutable é infinito? Reconozcamos, Señores, en esta armonía de los hechos con los principios el carácter divino, única cosa que puede explicarlo. Debe haber en el mundo una autoridad con destino á enseñar; esta autoridad debe poseer los mas altos caracteres de certidumbre ó de autoridad moral, y además debe ser infalible, á fin de poder exigir la fe de aquellos á quienes enseña, y que no pueden ser jueces de la doctrina. Ahora bien, solo la Iglesia católica enseña á todo el género humano, ó al menos sola ella lleva el carácter de la catolicidad; solo ella posee en el mas subido punto todos los caracteres de la certidumbre moral; solo ella se ha atrevido á llamarse infalible, y la historia de su doctrina prueba en efecto por su admirable é incomprensible unidad que ha recibido este don precioso, por el cual se ha restablecido la union primitiva de los hombres con la verdad. En cualquiera otra parte encontraremos ideas locales, variables, contradictorias, olas que suceden á las olas; mientras la Iglesia católica se parece al Océano, que ciñe y baña todos los continentes.

SERMON CUARTO.

Del Jefe supremo de la Iglesia.

MONSEÑOR :

Señores :

FUNDADA la Iglesia católica sobre la unidad, como lo hemos visto en el discurso relativo á su constitucion, naturalmente se sigue que la fundacion de esta unidad sobre el terreno movedizo del mundo, ha debido ser para Dios objeto de un especial cuidado; y si es magnífico seguir su Providencia con relacion al último de los hombres, ¿cuanto mas lo sera seguirle en el establecimiento de esa roca imperecedera, que por un juego sublime de palabras ha llamado *Piedra*, declarando que aquel que tropezase con ella seria aniquilado? Hoy me propongo estudiar con vosotros la fundacion del papado, persuadido de que la divinidad de la Iglesia se muestra aqui de lleno, y de que no os costara ningun trabajo reconocerla.

Dos cosas llevaba consigo el papado ó la soberanía pontifical: la supremacia espiritual y la independencia temporal. Sin la supremacia espiritual, venia á ser la unidad una químera; sin la independencia temporal, no era la supremacia otra cosa que el cautiverio de la verdad, circunscrita á un solo hombre, entregado este á merced de un emperador, de una república ó de cualquier otro poder humano. Era pues